

## “Condición del extranjero” y la educación argentina

Por Elio Noé Salcedo

En enero de 1927, Ricardo Rojas (“La restauración nacionalista”, 1910), ahora entregado a las delicias difusoras de *La Nación*, reivindicaba en su prólogo estos textos periodísticos de D. F. Sarmiento, recopilados y publicados por el sobrino del prócer, Augusto Belín Sarmiento, con el sugestivo y a la vez sugerente nombre de “Condición del extranjero en América”.

Para Rojas, estos últimos textos escritos y publicados por Sarmiento en distintos diarios de la época, no carecían de razón y probaban que “*el viejo vidente*” “*ni era loco ni estaba chocho*” respecto a lo que ocurría en nuestro país a raíz del “*cosmopolitismo triunfante en mengua de la nacionalidad*”.

*“El mismo que antes censuró nuestros defectos sociales en el indio, en el gaucho, en el español y en el criollo de las ciudades, para abrir paso a la inmigración -rememoraba Rojas-, tuvo la suficiente libertad mental y acierto político para censurarlos en el “gringo”, cuando la emigración ya realizada planteó nuevos problemas morales a la nacionalidad argentina”.*

Lo cierto es que, de alguna manera, la realidad que se vivía y la madurez del viejo escritor y periodista habían hecho entrar en crisis su pensamiento del '37, de los cuarenta y, en general, de su etapa de “porteño en las provincias” antes de ser, como presidente, un “provinciano en Buenos Aires”.

*“El cosmopolitismo -planteaba Rojas- es una forma de barbarie que, al romper la cohesión de la conciencia nacional en la patria, que llama y hospeda al emigrado, lo convierte a este en un conspirador, al servicio de su patria de origen, o en un mercader, al servicio de sus intereses más egoístas”,* vicios morales que Sarmiento -obnubilado con la “civilización” europea- no había tenido en cuenta en el “Facundo”, en “Educación Popular” ni en las cartas de sus “Viajes”.

*“Cosmopolitismo -explicaba Rojas- no es internacionalismo ni humanitarismo; es anarquía espiritual de una sociedad, y comporta el empobrecimiento de sus fuerzas históricas”.*

Para el pensador santiagueño, “*pueblo que aspira a realizar una obra de cultura, debe superar el cosmopolitismo por un ideal nacional. El*

*nacionalismo en los países de necesaria inmigración como el nuestro, es una disciplina idealista en defensa de la civilización”.*

Desafortunadamente, no lo había entendido así el joven Sarmiento, declarado post mortem “maestro de América”, pero no precisamente por estas ideas de su madurez, cuyo pensamiento entraba en crisis al acercarse su final.

Las advertencias de Belin Sarmiento

Como señala su editor, este volumen contiene la última campaña periodística del autor y señala su preocupación, *“como si fuera la nacionalización de los que se mantienen extranjeros en cuanto a deberes políticos, un problema que tanto afectara su mente, que hubiese habilitado horas para tratarla antes de morir”.*

En su advertencia sobre los artículos reunidos en “Condición del extranjero en América”, el mismo editor nos recuerda que, de los publicistas americanos, *“el primero que hiciese propaganda razonada y un sistema económico que tenía por base la inmigración europea, desde 1841”*, había sido Sarmiento, corroborando nuestras prevenciones respecto a la continuidad, cohesión y ahora contradicción de su pensamiento, pues *“desde que tuvo una pluma en la mano -nos confirma Belín- ha combatido las preocupaciones localistas, creadas por el aislamiento de la colonia española, contra todo lo que fuera extranjero, preocupaciones y odios que subsisten en España y en casi todos los Estados de habla española”*, si bien en estos últimos artículos manifestara algunas ideas al menos contradictorias con aquellas, producto de su ganada experiencia y mayor madurez intelectual.

En ese sentido, dado el propósito de la publicación y el rescate del pensamiento sarmientino frente a este problema en particular, nos advierte y adelanta Belín: *“Siendo la inmigración en tan grande escala un hecho nuevo en el mundo y tan fuera de las ocurrencias ordinarias de la legislación, debe establecerse un sistema preconcebido para precaverse de que no se convierta en invasiones que arrasen con todas las instituciones conquistadas”.* Sarmiento había sido un apasionado promotor de la inmigración europea y particularmente anglosajona en Nuestra América, y testigo de ella ya en su primer viaje a Estados Unidos de 1847, aunque también de las prevenciones que la política nacional norteamericana había puesto consecuentemente en marcha por aquellos años de sus “Viajes”.

Aunque no parecían ser problemas los negocios e intereses económicos de los extranjeros, el editor y heredero de Sarmiento presentaba el libro de su tío expresando, entre otras, esta advertencia que comprometía muchas de las teorías, ideas y políticas sostenidas por el escritor y periodista en el pasado: *“De que nuestras instituciones no estén en el grado de adelanto apetecido, no se deduce que puedan venir de afuera y formar parte del Gobierno los que no saben leer, los que no conocen la lengua de nuestras instituciones y por falta de tiempo y residencia, no comprenden ni el mecanismo del Gobierno, ni conocen los hombres prominentes que va a elegir. Fáltanos a nosotros -se sinceraba- y fáltales a la gran mayoría de inmigrantes, capacidad, instrucción y sentimiento político (llamémosle patriotismo), y no es otro el secreto del vicio de la abstención política de los nuestros y la indiferencia en que los extranjeros yacen en cuanto a sus más elementales conveniencias”*. Así y todo, por lo que se deduce de su lectura, la campaña parecía estar más enfocada en los problemas que traían por entonces, sobre todo, las escuelas de Italia en Buenos Aires, la enseñanza de su lengua y el peligro de la “italianidad”.

“América para americanos”

En el artículo del 21 de abril de 1883, después de preguntarse: *“¿Es la República Argentina una nación o simplemente un Gobierno?”*, Sarmiento da cuenta de la extrañeza de una viajera norteamericana que expresa su sorpresa por *“encontrar un país de todo el mundo, menos de sí mismo, escandalizada de saber que aun en las escuelas seguían estas diversas aguas, diversos canales, haciendo, como en el Paraíso terrenal, un divorcia aquarum de ríos, corriendo a distintos rumbos, o una torre de Babel donde se hablan todas las lenguas...”*.

No podría estar mejor descripta la condición educativa en la que se encontraba la Argentina un año antes de ser creada la Escuela Pública por el gobierno de Julio Argentino Roca, y cuyo país había sido conformado por el ideario “porteño” de subordinación económica y cultural al extranjero, al que el propio Sarmiento había aportado lo suyo.

*“Cuando se trata nada menos que de la libertad de escribir aquí -se cuestionaba ahora el venerable anciano-, los nacionales, y de no sujetar a censura previa a los europeos y americanos corresponsales, generalmente hombres eminentes, vale la pena que nuestro Congreso dicte leyes para evitar estos conflictos, nacidos de la indiferencia*

*pública sobre el espíritu del extranjerismo, que se va radicando de tal manera que mañana tendremos que decir, cuando se nos pregunte: ¿Quién es usted? Con perdón de usted, argentino”.*

*“La abstención sistemática de los extranjeros de tomar parte en la vida pública -expresa Sarmiento en una edición de El Censor de 1886-, empieza a dar sus frutos. El Presidente declara desnacionalizados a los argentinos nacidos en la provincia de Buenos Aires o en la Capital, que lleva el mismo nombre, a causa de su insignificancia como propietarios y de su corto número como ciudadanos”.*

En realidad, lo que está haciendo Sarmiento es cuestionar en este punto al presidente provinciano del que se ha distanciado y quien sostiene con acierto, citado por Sarmiento, que *“la República Argentina está fuera de estas dos ciudades donde prevalecen la población y los intereses extranjeros”.*

Lo explica un poco más adelante en el mismo artículo, todavía atravesado por ideas contradictorias: *“Hase ya visto cómo un Presidente declara que en Buenos Aires prevalecen los intereses extranjeros (lo que es totalmente cierto), de donde resulta que el curso forzoso disminuyendo el valor del papel obra sobre los intereses extranjeros; que los empréstitos superiores a los recursos de esos extranjeros, arruinando el crédito, arruinan la propiedad particular de los extranjeros, y que el mal empleo de las contribuciones ha de refluir sobre esos mismos intereses extranjeros que las proveen”.*

Pues bien, argumenta Sarmiento, *“habíamos en diversas ocasiones llamado la atención sobre este extraño fenómeno de una nación compuesta de elementos diversos, y asociados en diversas proporciones, sin cohesión y al parecer con intereses opuestos o superpuestos: extranjeros y nacionales. Los nacionales con derechos políticos, los extranjeros con derechos municipales optativos, con igual riqueza, sin embargo, igual grado de instrucción nacionales y extranjeros, y casi en igual número...”.*

*“El Zeitung, alemán, y una sociedad alemana, significando sus simpatías de año nuevo al General Sarmiento -se conforma el ex Director General de Escuelas hasta no hace tanto-, han mostrado que se aperciben, en efecto, del mal que se está produciendo con estas situaciones singulares de expectante y actores, con los mismos intereses, pero con diversos derechos; de manera que los unos gobiernan a los otros, al parecer; pero que, en realidad, los que no gobiernan en el país que se gobiernan a sí*

*mismo, entregarán, maniatados, a sus iguales de raza y civilización (¿los intereses extranjeros son parte de una misma raza y civilización?), a los ambiciosos, que se apoderan del ejército, de los Bancos, del crédito y del Poder, y se prolongan su comisión o se burlan de las instituciones*". En realidad, en forma creciente, aunque de manera "invisible", son los ingleses (pronto a convertirse en el imperialismo naciente entre el final del siglo XIX y principio del XX), a los que Sarmiento promocionaba equivocadamente en su juventud como adalides de la civilización y de nuestro desarrollo industrial, el sector extranjero que se viene apoderando de la economía argentina.

Por su parte, según la óptica de Sarmiento, *"el Gobierno mismo se afecta de este extraño modo de ser de una sociedad sin patria, y se acaba por persuadir que aún los nativos están ya disgregados, y pueden contarse simplemente como neutros. A guisa de hormigas o de abejas cuyo mayor número ni sexo tiene, pues su oficio es trabajar para los demás"*.

En cuanto al escritor europeo, *"si esa era su profesión o la materia de su predilección", habiendo "llegado a América, establecido en ella, enarbolando su vieja o nueva pluma, aquí tiene el mismo debate, el mismo combate, por la libertad del ciudadano, por la práctica de las instituciones que ya ha conquistado este o el otro país de Europa, o Estados Unidos o el resto de América..."*, intenta explicar Sarmiento, simplificando un debate que en realidad es más complejo de lo que al pensamiento aparentemente "universalista" resulta.

Al parecer no se trata solo de una desnaturalización de la legislación que debe amparar a todos por igual -en este caso, convirtiendo en ciudadanos argentinos a los que quieran habitar el suelo patrio, sino que, de no atenerse a las disposiciones legales que Sarmiento trata de promover como necesarias, *"son ellos los doscientos mil extranjeros y no nosotros; son los escritores europeos, o débiles, o perversos, o venales, los que legarían a sus hijos el oprobio de los elecciones municipales, por todos condenadas, aun por la exageración de la mentira de la tribuna gubernativa, y de todos toleradas, si no ponemos manos a la obra de detener el mal"*, que para Sarmiento perjudica tanto a nacionales como a extranjeros.

Las escuelas italianas y la condición de la educación

En su debate público con los promotores y defensores de la escuela italiana en Buenos Aires, en momentos en que en Buenos Aires

empiezan a llamar la atención las escuelas públicas, “*y con ellas dos o tres escuelas italianas de la Sociedad de Benevolenza*” -a las que el diario *La Nación* respalda en su cometido-, en un artículo del 1º de mayo de 1888 en *El Diario*, que le da espacio a sus ideas, “el general Sarmiento”, que se reivindica a la vez como “educacionista”, da cuenta de la definición que el representante italiano en nuestro país ha expresado sobre la escuela: “*La scuola es el medio más poderoso de propagar nuestras ideas y nuestra ‘civilitá’; de facilitar nuestras relaciones con el exterior... Es el más poderoso elemento de cohesión de nuestras colonias (término que acertadamente Sarmiento cuestiona, pues no se trata de colonias sino en todo caso de colectividades) y mantiene entre los emigrantes el uso de nuestra lengua...*” (la lengua italiana).

En dicho debate a través de la prensa, Sarmiento alcanza su mayor nivel como educacionista (superando con creces su propuesta de “Educación Popular”) cuando descubre a raíz de su crítica a las autoridades italianas, no solo la intención de los italianos de defender la “italianidad” en la Argentina, sino al “*medio moderno de extenderse, organizarse y engrandecerse. ¿Cuál? ¡La escuela!*”.

A continuación, se pregunta: “*¿Qué nombre dar a esta singular ocupación de países, sin gobernarlos, sin poseerlos, sin reconocer dueños del suelo?*”. “*Es una organización espiritual, como la del catolicismo que sucedió al Imperio Romano*”.

Tan importante y decisiva resulta la educación por las razones señaladas, máxime cuando se trata ya no de una colectividad, sino de una Nación.

“*¡Es claro!*”, argumenta Sarmiento, esta vez con la razón que no tenía al promover cuando joven la enseñanza del inglés y del francés en las escuelas, la traducción de sus textos o traer maestras norteamericanas para enseñarnos: “*Si se toma un niño desde que nace y se le mete por la cabeza, por los oídos, por la escuela, que es turco y debe querer a la Turquía, por ejemplo, no vemos cómo no dejará de creerse turco, bajo esta atmósfera artificial y respirando y aspirando una suposición y un engaño desde que nace...*”, o, en su defecto, cuando varias nacionalidades cinchan cada una por sus intereses e identidad, “*adónde nos llevaría el privilegio reclamado de tirar cada uno para su cueva*”.

De hacerse de las escuelas argentinas una prolongación de cada colectividad que reside en el país, protestaba ahora el educacionista, *“tendremos tantas prolongaciones como pueblos hay en el mundo”*, sobre todo en una nación de inmigración como la Argentina.

Por eso responde con un NO ante la pregunta de si *“¿educamos nosotros argentinamente?”*. Por el contrario, *“educamos como el norteamericano Mann, el alemán Froëbel y el italiano Pestalozzi nos han enseñado que debe educarse a los niños”*, y *“les hacemos aprender de manera racional todo aquello que hoy se enseña en las escuelas bien organizadas del mundo entero”*.

Como se deduce, *“aprender de manera racional todo aquello que hoy se enseña en las escuelas bien organizadas del mundo entero”* no garantiza educar *“argentinamente”*, sin perseguir en la educación un *ideal nacional*, como lo hacen todas las naciones soberanas del mundo que se precian de tales.

Curiosamente, y al contrario de lo que había sostenido en el *“Facundo”* y durante muchos años de *“porteño en las provincias”*, Sarmiento preguntaba en la edición de *El Diario* del 28 de abril de 1888 -un mes antes de viajar al Paraguay y cinco meses antes de morir-: *“¿Qué influencia moral, industrial o política ejercerán esas razas si todas ellas eran y son inferiores al tipo original americano?”*. Había afirmado ya lo mismo de los ingleses, al desilusionarse de Europa y compararlos con los estadounidenses en su carta a don Valentín Alsina durante su *“Viaje”* a EE.UU. de 1847.

*“Los europeos que vienen a esta América nuestra -decía ahora-, incluso españoles, portugueses e italianos -y debió decir lo mismo de los que están en el país por sus negocios e intereses económicos-, vienen creyendo que basta ser europeos, para creerse que en materia de gobierno y cultura nos traen algo de muy notable, y van a influir en nuestra mejoría. Estamos en el medioevo ancora”*.

*“Sería lamentable -reconoce al fin Sarmiento, y coincidimos con él- que tuviésemos una conquista normanda por causa de tener escuelas para todos, y que cambiáramos de lengua, precisamente por haber enseñado a leer a los italianos -y a todos los inmigrantes y sus hijos- que vienen sin saber”*.

El general de tantas batallas ideológicas, ya de vuelta de todas, y contradiciendo incluso su vieja prédica, aconsejaba: *“Déjese pues, el*

*advenedizo en castellano de hablar de publicistas ligeros, de propósitos fantásticos, para caer en veinte renglones de declamaciones que le vienen tan bien a la Francia, la Inglaterra o la España como a nosotros mismos, al decir que hay ‘pueblos nobles’, francos, generosos, enamorados de ideales... que van a ofrecer su brazo allí donde hay una nación que formar... No existen tales pueblos en el mundo, y ese argumento probaría que es preciso guardarse del que pretenda tener tales cualidades cuando venga a querer formar una nación en nuestro suelo y sostener una independencia donde encuentre una causa noble que sostener, una libertad que conquistar, una tiranía que destruir... ¿No hay quien haga callar esta tarabilla?”.*

*“Esta escuela, decimos nosotros -manifestaba un Sarmiento a punto de poner un pie en el barco que lo llevaría al Paraguay-, contra la patria del niño, contra el ambiente que lo rodea, para oponer resistencia al influjo de las instituciones es no solo un obstáculo a la formación del Estado, sino un crimen que las leyes deben castigar. Vale tanto como envenenarnos el agua que bebemos, y poner arsénico en nuestros manjares, produciendo en lugar de ciudadanos argentinos”,* extranjeros de una patria lejana.

Era, de alguna manera, su despedida como argentino y su pasaporte a una Patria que había soñado más grande, y cuyo pensamiento se encaminaba hacia una nueva síntesis, superadora de la que había realizado como “porteño en las provincias” en sus años juveniles, pero que, desafortunadamente para nosotros, a pesar de todas sus previsiones y prevenciones finales, es la que nos ha legado la cultura oligárquica, extranjerizante y semicolonial vigente todavía.